

¿Qué hacemos?

Resulta verdaderamente desconsolador y un frío que llega al alma entumece nuestro ser, el espectáculo que estamos dando los católicos todos en los actuales tiempos.

Diariamente los que con gana o sin ella, tenemos que leer infinidad de periódicos de todas clases e ideas, vemos reflejados en ellos el ambiente de la España de hoy, mítines republicanos, colisiones sangrientas entre radicales y jaimistas, amenazas de huelgas, y cual «buh» siniestro el anuncio de la revolución para el 31 de Diciembre. Los jefes se mueven, los de segunda fila se aprestan, las masas se sienten entusiasmadas por halagadoras promesas de la «Jauja ideal», el descreimiento cunde, y resulta de buen tono en nuestras juventudes llamarse republicanos soñadores de próximos triunfos.

Gobiernos íntipos, junta castigo a nuestra inacción, ultrajan a diario los más nobles sentimientos de todo buen español. Y en tanto cual mansas ovejas camino del matadero, balamos a lo sumo, pero nada más, y en el rincón de la casa rezamos el rosario para que Dios nos depare mejores días, pidiéndole un milagro que seguramente no hará, mientras tengamos buena maza con que descargar certero golpes.

Un día España sintió crujir en su mejilla un golpe extraño y de todas las partes de la península oímos los ensordecedores gritos que pedían la supresión de las escuelas laicas.

Más tarde volvió a escupírsele al rostro y de las cuarenta y nueve provincias que forman su manto, se alzó potente en colosales manifestaciones el grito de sus hijos que pedían se lanzase al ostracismo el infame «proyecto de ley del candado». Era el resurgir de España. A la vista de aquellos alientos de vitalidad exuberante se caldearon los ánimos, y, como buenos meridionales, dispuestos, estábamos a todo evento. Pero pasaron dos meses y ya nadie se acordaba de aquellas protestas y ni una escuela laica se cerró y el famoso proyecto pasó a ser ley.

Ahora por centésima vez, olvidando Canalejas que gobierna a una nación en su mayoría católica, ha hecho que se dictamine sobre el proyecto de ley de Asociaciones, en un sentido ampliamente liberal (léase anticlerical). Ya han pasado dos meses, se han escrito algunos artículos en contra, pero sólo artículos que no son leídos porque van en nuestros periódicos cuya escasa influencia en altas esferas todo el mundo conoce.

¿Qué hacemos? ¿Seguiremos cruzados de brazos rezando en el rincón de la

casa? A fe que no juegan del mismo modo con esa minoría llamada socialista.

Es la moda y hay que seguirla. Hoy únicamente se oyen a los que más gritan y apelan a medios más violentos.

El 2 de Octubre hará dos años que salimos los católicos de la casa a la calle en aquellas manifestaciones que pasaron al Gobierno; repitámoslas este año; la causa no es para menos. Dios lo exige, la patria lo pide, el mundo entero nos mira.

NAZIANZENO

La hidalga y noble nación española no es la que coacciona, encarcela, veja y conduce cual si fueran criminales a los heroicos y dignos hijos de la desgraciada nación que gime bajo el peso de una tiranía liberal y republicana. Son cuatro caciques, que se han apoderado del gobierno de nuestro pueblo y hacen sufrir a nostálgicos y desgraciados emigrantes todo el peso de la libertad liberal.

¡Abrocharse!

En cuanto a apoteosis, hemos, llegado al colmo.

Un día se «apoteiza» a Satanás, otro a Judas, otro a Pilatos... Apenas hay personaje malvado o repugnante que no sea cantado en variedad de metros o representado en variedad de estatuas.

Agotados los personajes antiguos, se echa mano de los de la Edad media y de los modernos. En París, en Roma, y en otras capitales no queda hereje más o menos indecente, que no tenga una estatua. A veces se tiene el pudor de velar su biografía y de buscar con un candil méritos que justifiquen la erección de la estatua; pero otras no se anda con eufemismos y se dice que a Fulano se le «estatuiza» por cochino, a Mengano por blasfemo, a Peregrano por ladrón y así sucesivamente.

En Madrid hace ya algunos años que tiene su estatua Mendizábal.

Como en España todavía tenemos algún pudor—ya se va perdiendo a medida que progresamos—no se puso al pie del monumento el letrero que le correspondía: «Al gran ladrón.» Es de esperar que se subeunará pronto este defecto.

Se dirá que Mendizábal no robó para sí, sino para los demás. ¿Y qué? ¿Atenta esto en algo la gravedad del inmenso latrocinio de que fué autor?

Si, al fin y al cabo, prescindiendo de la gravedad del hecho, éste hubiera reportado ventajas al pueblo, se comprendería algo que el pueblo diese las gracias a su bienhechor, por más ladrón que fuese; pero ahora ¿de qué le ha servido «al proletariado», que Men-

XX Aniversario

EL SEÑOR

D. Francisco Javier Aycardo y Román

FALLECIÓ EL 30 DE AGOSTO DE 1892

R. I. P.

La Hora Santa que se celebrará el día 30 del actual de diez y media a once y media en la Consagrada Iglesia del Santo Hospital de Caridad, será aplicada en sufragio de su alma.

Su viuda y familia ruegan a sus amigos, se sirvan encomendar su alma a Dios Nuestro Señor y le tengan presente en sus oraciones.

dizábal echase la zarpa a los bienes de la Iglesia? Absolutamente para nada bueno. Véase cómo le lució el pelo al proletariado después de los planes económicos de Mendizábal.

El robo le sirvió para quedarse mucho más pobre que antes, y sin «manos muertas» que le socorrieran largamente.

Siendo esto así, ¿cómo se explica que ahora, cuando ha podido verse claramente la ineficacia o el funesto resultado de la obra de Mendizábal, haya todavía quien pretenda llevar al pueblo al pie de su estatua para que entone himnos en su honor?

No se explica más que por la tontería del pueblo y la maldad de los que quieren dirigirlo.

Y esta maldad adquiere los caracteres del más perverso refinamiento cuando lleva a los niños de las escuelas laicas de Madrid a echar flores a los pies de Mendizábal, como ocurrió hace días.

¿Qué les deben decir a los niños acerca de ese «grande hombre»?

Yo me lo imagino.

¿Qué ejemplo de virtud han de ver en él?

Lo natural sería que los maestros, al hacer desfilar a los niños por frente de la estatua del gran «desamontizador», dijeran:

«Mirad bien a este sujeto que hay allí arriba. Y cuando veáis a un tipo como él... ¡abrochados, niños, abrochados!»

En el Juzgado de Barcelona se encuentra un alestado en el que figura la venta de destinos de guardias municipales, escribientes, celadores, consumidores y hasta de superiores categorías, por los republicanos radicales que mangonean hoy en aquel Ayuntamiento, y por la friolera de MIL a CINCO MIL pesetas, según categorías.

¡Ved la honradez, la libertad y... la república!!

Hasta los gatos...

Un mono petulante,
una ardilla danzante,
un cerdo egoísta y testarudo
y un asno cabezudo,
a un mitín invitaron muy formales
a todos los terrestres animales.

Lo presidió el borrico
y como secretario actuaba el mico.
A la derecha mano
se sentaba el marrano,
y a la izquierda, la silla
se veía ocupada por la ardilla.

Abrió el asno la boca,
y con voz que a la risa les provoca
dice a sus compañeros:

—Seréis unos solemnes majaderos
si en Júpiter creéis, como en Neptuno
y en los restantes dioses, pues no hay uno.

Yo y el cerdo, la ardilla y el macaco,
ya veís que no presento a ningún flaco
en ciencia, porque todos
al estudio arfirmamos bien los codos;
yo y el cerdo, repito con la ardilla
y el mono, que discurre a maravilla,
hemos llegado al fin a saber tanto
que al orbe todo llenará de espanto.

Sabemos que no existe el dios Eolo
y que si sopla el viento sopla sólo;
que si el mar se alborota de repente
no es que Neptuno mueva su tridente;
que ni Febo de día con su coche
ni Diana en su carroza por la noche
salen a pasear; todo es novela
que en nuestros sabios días ya no cuéla.

No existen el Olimpo ni el Averno,
y Caronte y su barca van al cuerno
con Júpiter y Venus y Minerva
y de los dioses todos la cáterva;
porque a fe de jumento yo os repito
que todo es una fábula y un mito.

Y si a un lado dejáis todas las cosas
de dioses y de diosas,
habéis de ver que a progresar empieza
la sabia y maternal naturaleza;

pues yo, que soy un burro,
ya veís cómo discurre,
y el cerdo, aquí presente,
se ríe de los dioses igualmente,
y a la vez la ardilla
que haya crédulos ya le maravilla,
y no digo si el mono,
con su ciencia sin par, viene en mi abono.

Aquí calló el jumento,
esperando el común asentimiento
de toda la asamblea; pero en vano
se frotaba las patas muy ufano.

Todos los animales,
sin embargo de ser irracionales,